

Operística

Gran personalidad del Teatro del Finikito

Manuel Pérez

ALCALÁ

El Teatro del Finikito es un grupo con personalidad. Tal vez, hoy por hoy, el colectivo teatral que, en nuestra ciudad, lleva a cabo sus propuestas con mayor grado de coherencia entre el trabajo realizado y los presupuestos estéticos y genéricos que le sirven de punto de partida.

El público recuerda su *Filtro de pasión* como un espectáculo singular, verdadera muestra de la antigua *commedia dell'arte* tan bien conocida como llevada a efecto.

Ahora se han presentado en el Teatro Salón Cervantes, abriendo boca al aficionado para este mes de escena y cultura que los Tenorios van a deparrarnos.

Y lo han hecho con la misma personal fijación por acoger su labor bajo el pabellón de un género escénico tan alejado de los productos dramáticos convencionales y tan dotado de especificidad estética cual lo es el de la ópera. Sin más.

El Teatro del Finikito se ha atrevido a montar y a ofrecer al público alcaláino un espectáculo operístico.

La empresa, riesgos y magnitudes al margen, tiene —considerada desde el ángulo estrictamente teatral— un singular interés por cuanto se trata de un colectivo que, desde una labor teatral acreditada, elige el género musical como una propuesta escénica que le interesa y en la que, sin duda creen ver una vía singular para un trabajo, repetimos, eminentemente escénico.

La historia del teatro moderno debe mucho a la operística. Si hoy, dado el carácter más que restringido de su oferta en España, la ópera puede ser considerada como un espectáculo musical para minorías, será preciso recordar que Wagner llevó a cabo, en el siglo pasado, una labor teórica que deparó un nuevo concepto de lo dramático a partir de la función rectora de la música en el lenguaje en el escenario.

Este es el valor del espectáculo que, a partir de *La fábula de Orfeo*, de Claudio Monteverdi, ha creado el Teatro del Finikito.

Una escenografía bellamente barroca, un vestuario al que el grupo dedica siempre una especial atención y una luminotécnica sobresaliente en la creación de atmósferas y de efectos constituyen, pensamos, las consecuencias más notables de la adecuación del lenguaje escénico del grupo al género operístico.

Claro que para ello cuenta con la afición y disposición musical de casi todos los miembros del colectivo.

La instrumentación exhibida y las partes corísticas son tan meritorias y excelentes cuanto sobresaliente el canto de los solistas. Entre estos, Ángel Jiménez reclama mención y corona por su trabajo excepcional.

No necesitaba el grupo proteger un inmotivado rubor creando los elementos metateatrales del comienzo. La *captatio benevolentiae* del colectivo que representa a un colectivo que intenta ensayar y representar la ópera de Monteverdi, a más de no convencer, resulta rotundamente desmentida por la extraordinaria altura musical y dramática que alcanza el espectáculo en su segunda parte.

A este grupo singular le ha faltado, pensamos, el último punto de valentía: presentar abiertamente su espectáculo como una ópera, realizada por el Teatro del Finikito, colectivo no profesional, con la dignidad y talla que efectivamente demuestra.

Quizá de este modo la estética operística hubiera podido presidir sin reservas todo el quehacer dramático, incluyendo el trabajo actoral y los movimientos de los intérpretes, en un espacio escénico, tal vez, más resueltamente concebido con la amplitud y funcionalidad que el código escénico de la ópera —esencialmente suscitador de emociones y nada necesitado de elementos distanciadores— está demandado.